

Olfatear, oler, *sentir*

Montevideo, 5 de diciembre de 2025

Deligny...

Una puerta de entrada al número 7 de *Claroscuro* “*Cartografías inéditas: Deligny y Lacan*”, se encuentra en un párrafo de la página 35 en el que en “Asilar, Albergar, alojar. Extranjear al otro” nuestra querida Ginnette Barrantes se refiere a un pasaje de *Cartas a un trabajador social* en el que Fernand Deligny da en el clavo con una problemática fundamental para cuestionar la primacía de lo simbólico y el significante, ampliamente discutida desde mediados del siglo XX, particularmente en relación con el análisis de lo inconsciente.

Conviene precisar que “trabajador social” tiene en ese texto, escrito en Francia entre 1984 y 1985, un sentido amplio: se refiere tanto al sociólogo, el educador o el antropólogo como al psicólogo, el psiquiatra o el psicoanalista. En las páginas 30 a 33 de la traducción de Cactus (2021), Deligny escribe sobre un chico con mutismo que tenía 12 años de edad cuando lo conoció alrededor de 1968 en las Cévennes, una zona montañosa en el centro-sur de Francia, a unos 600 km de París donde, a partir de entonces, tuvo lugar su radical práctica con los llamados niños “autistas”. Resulta que este pibe, Janmari, “se pone nuevamente a olfatear”, desde una persona a una manzana mordisqueada.

No es extraño que un tipo como Deligny se detenga en ese mínimo gesto del olfatear que reconoce, advierte, detecta, se percata de algo, lo localiza, repara en ello¹. El año pasado, invitado por un amigo que trabaja en La Borde, estuve en ese otro lugar icónico donde Deligny también trabajó durante un tiempo tanto junto a Félix Guattari como a quien fundó esa clínica, Jean Oury. Se trata de un antiguo castillo en medio de un hermoso y apartado bosque de la región del Centro-Valle de Loira, en un pequeño pueblo de casi 3 mil habitantes, a unos 200 km de la capital, un verdadero lugar de vida que hospeda a más de 100 personas de distintas partes del país y recibe diariamente a otro tanto, que en parte vive en Blois, una ciudad vecina que no llega a los 50 mil habitantes. Dicho sea de paso, al día de hoy, la continuidad de esta clínica se ve comprometida por las políticas actuales de salud mental francesas que, guiadas por criterios de estadística, protocolos y gestión de riesgos, hace unas pocas semanas dejaron de renovarle a la clínica lo que llaman “la autorización de actividad en psiquiatría”, exigiendo la reducción de la duración de las estadias y forzándola a que se transforme en un centro de seguimiento médico-social. Muchas voces protestan actualmente contra esta decisión burocrática que busca recortar gastos más que promover la vida digna de quienes allí residen; habrá que ver a qué conduce todo esto. Esa medida llega también en un contexto en el que en el Senado francés se propuso que el Estado deje de financiar curas psicoanalíticas ya que no están validadas científicamente ni su eficacia resulta comprobable, más aún, se dice que son contraproducentes, a diferencia de los abordajes comportamentales, educativos y de rehabilitación psicosocial.

En fin, lo primero que noté al llegar a La Borde fue el olor, más bien el tufo a Piñeyro del Campo, a Cottolengo, a Vilardebó. Por más reputada y vanguardista que haya sido semejante clínica, ¿debería oler distinto que un pabellón o comedor de instituciones uruguayas dedicadas respectivamente a la vejez, la discapacidad y la locura? Más que cuestionarme si el servicio de limpieza es deficitario, me pregunto si quienes están allí no

¹ No en vano, Rodolphe Olcèse, docente de estética y teoría del cine, habla de “una sensibilidad en expansión” en su libro *La vie précaire. Textes et images de Fernand Deligny*, Mimésis, 2023, pp. 326 y ss.

gozan de otra sensibilidad, muy diferente a la de los sentidos acostumbrados a desodorante o aromatizante de ambiente. Actualmente, las cartografías y los documentales de Deligny se exhiben en museos y galerías de arte en Francia, pero no era ese el medio² estético en el que habitaba. Cuesta imaginar que, en el presente, un proyecto como el suyo, llevado adelante con otros, por supuesto, en condiciones bastante precarias, en el medio del campo, junto a Janmari, su niño predilecto, pudiera contar con la aprobación que tuvo en su época. Es más, hoy sería un escándalo.

Pero vayamos al texto. Resulta que, aunque el olfateo había desaparecido de las actitudes manifiestas de ese muchachito, “Janmari otra vez se pone a oler”. Pero Deligny repara en lo engañosa de esa manera común de hablar –que es también la de la amplia gama de técnicos sociales a quienes se dirige. Las palabras, la sintaxis, la gramática nos tienden trampas.

Una primera cuestión, llamémosle “semántica”, tiene que ver con el verbo. Deligny, quien daba suma importancia a los verbos en infinitivo, recurre al diccionario y destaca que oler no es olfatear, se trata de acciones diferentes. Claro, para referirse a estos gestos, en francés se usa un léxico que tiene otros significados, otras combinaciones, otros matices. Oler es percibir un olor. Pero también despedir un olor: algo huele bien (una fragancia) o huele mal (decimos que hiede, que apesta, cuando desprende un olor muy malo y penetrante). Decimos también “siento un olor...”, ya que “sentir” es tener la sensación, o la percepción de un objeto, de una cualidad, de un hecho. Sentir es tener o tomar conciencia de un modo más o menos nítido, ser afectado incluso desagradablemente por algo (“lo sentí”, se dice, cuando me afectó o me molestó algo que sucedió o lo que alguien me dijo). Mientras que en español “sentir” se asocia más bien con “oír”, en francés, *sentir*³, que se escribe igual que en castellano, además de “sentir” significa “oler”. El verbo “oler” a veces se emplea en sentido figurado: cuando nos referimos a discernir algo por intuición, a sospechar o presentir (“me huele que...”, “esto me huele mal”, “tal persona no me huele bien”). En cambio, esa forma de oler de forma repetida e insistente que llamamos “olfatear”, por lo general, se relaciona más con los animales⁴ que con las personas. Deligny se da cuenta así de que al escribir sobre este olfatear está tocando un punto delicado ya que lo que el entendimiento encapsulado de un técnico o trabajador social suele temer es que nuestro universo sobresaturado de lo simbólico pierda su presión –aunque para Deligny se trata más bien de una opresión.

A menudo, para el técnico, ese olfatear está enterrado ya que, gracias al lenguaje, nuestra memoria de seres educados funcionaría de otra manera: no sería de buen gusto olfatear a alguien cuando uno se lo cruza. Nos enseñan a comportarnos de otro modo, aprendemos a reconocer de otra manera. El técnico así cree que, como supuestamente superamos la barbarie o la animalidad, esas formas de sentir que nos fueron tan familiares, habrían quedado sepultadas. Frente a microgestos como el olfatear es como si nos reencontráramos con algo que en otro momento era muy corriente y que, habiéndose marchado como un pájaro que dejamos de ver por un buen tiempo, de repente, regresa. El técnico se asombra así de que sistemas olfativos o auditivos sean recuperados, resuscitados, como si retornaran de una especie de exilio, como si abandonaran su calidad

² Cabe observar que el vocablo *milieu* –Deligny escribe *mi-lieu* (*mi-* de mitad; *lieu* significa lugar)– es usado en Francia entre quienes forman parte del “medio” de la autonomía, para referirse a ese “ambiente” político.

³ En acepciones como esta, *sentir* en francés y “sentir” en español son, como se dice, falsos amigos ya que, a primera vista, parecen palabras que podemos entender o traducir directamente por su similitud, pero en realidad nos “traicionan” con un significado distinto. Por ejemplo, en francés se dice que dos personas no se pueden ni *sentir* (oler); en español, en cambio, que no se pueden ni “ver”. Lo que justifica la nota al pie que realiza el traductor de Cactus (p. 32).

⁴ Por cierto, algunos animales lo hacen por otros medios, sin tener nariz.

de fósiles, o como un volcán inactivo que vuelve a entrar en actividad. Por medio de la cultura, del lenguaje verbal, eso que hacemos cuando somos gurises, olfatear, debería haberse perdido. Cosa que no es tan así: ¿qué hace el técnico que trabaja en una institución frente a un participante que se digna asistir bajo los efectos del cannabis, por ejemplo? Además de indignarse o aplicar un test de orina, no solo usa su ojo clínico, sino también su nariz, la misma que le sirve diariamente sea para husmear –en sentido literal o figurado– como para otros fines, tanto prácticos como sensuales.

En fin, Deligny imagina un psicólogo señalando que, al oler con tal ahínco y persistencia, Janmari debe incomodar. Lo cierto es que ningún objeto se quejó de haber sido olfateado por él, ni la sopa cocinándose en la olla, ni la lana del pulóver de los visitantes más o menos asiduos. Al contrario, en algunos casos, el “habitante” de esa prenda se mostraba benévolo, encantado de despedir tan buen perfume, en otros se ofendía, no tanto por ser oído de esa manera, sino por sentirse percibido como un mero extraño.

Junto a este aspecto lexical, la otra cuestión es de orden sintáctico. Más que decir “Janmari volvió a ponerse a olfatear” –oración en la que el foco está en el sujeto que realiza la acción–, para Deligny sería preferible la formulación “olfatear vuelve”. Mediante este giro, es el olfatear lo que funciona en el enunciado como sujeto gramatical. Ahora bien, si esto es así, cabe preguntarse: ¿dónde y desde cuándo estaba ese olfatear que reaparece?

... y Freud: sensaciones de la tierra

Se trata de una problemática planteada, aunque en otros términos, desde los inicios del psicoanálisis, ya que Freud se encontró una y otra vez con quienes el olfateo nunca dejó de interesar: Ernst Lanzer, por nombrar uno, conocido como el “Hombre de las Ratas”, era un “olfateador” que en su infancia distinguía a las personas por el olor como lo hace un perro; incluso siendo adulto, el olfato era su sentido predominante⁵.

En una carta a Fliess del 11 de enero de 1897⁶, Freud ya escribía que las perversiones –es decir, las prácticas que hoy diríamos que se desvían de la sexualidad heteronormada–, por lo general, tienen carácter animal y son efecto no tanto del funcionamiento de unas zonas erógenas resignadas (*aufgelassenen*, en alemán), sino de unas sensaciones erógenas (*erogener Sensationen*) que perdieron el poder de excitar –y destaco esta distinción entre zonas erógenas y sensaciones erógenas, jamás problematizada en el campo freudiano. Freud recuerda así que mientras en el animal que gobierna el olfato o el gusto, cabellos, caca, toda la superficie del cuerpo, e incluso la sangre, excitan sexualmente. Ello sería depuesto (*abgesetzt*) en el ser humano, para el que ciertos olores se habrían vuelto repugnantes con la marcha erguida.

Se supone que, a diferencia de otras especies de animales, en el ser hablante las regiones del ano, la boca y la cavidad bucal, por ejemplo, ya no producen excitación sexual. Pero Freud se percató de que su potencia libidinal se conserva, lo que en la llamada “locura” es patente: encuentra que el olfato se acrecienta en la neurosis o, al contrario, se pierde –el análisis de lo inconsciente y la interpretación de los sueños revelan que esa anestesia

⁵ S. Freud, A propósito de un caso de neurosis obsesiva. El “Hombre de las Ratas” (1909), *Obras completas*, vol. X, Amorrortu, 1992, p. 193. Hallazgos similares en otros analizantes llevaron a Freud a postular que a la atrofia (*Verkümmerung*) del olfato, producida al apartarse el ser humano del suelo, se suma en el ascenso cultural la “represión (*Verdrängung*) orgánica” del placer de oler dada su íntima conexión en el animal con la vida sexual, lo que contribuye a la génesis de la neurosis.

⁶ S. Freud, *Obras completas*, vol. I, p. 282.

tiene relación con el carácter erótico de determinados grupos de sensación (*Sensationsgruppen*)⁷.

Descubre también que esas sensaciones erógenas en la infancia funcionan de manera anárquica (emplea el término “anarquía”: *Anarchie*, en alemán). En sus *Conferencias de introducción al psicoanálisis* (1916-1917) dirá que la erótica infantil consiste en sensaciones que se producen por aquí y por allá, de forma descompaginada. Anarquismo de la sensación que aspira al placer de cualquier parte del cuerpo, sin someterse a la organización en torno a un objeto total ni a un órgano fijo (la boca, el ano, los genitales). Freud plantea entonces que, entre el erotismo de las sensaciones voluptuosas desparramadas a lo largo del cuerpo y la sexualidad genital, habría no solo represión, sino también “sepultamiento” o “irse-al-fundamento” (*Zugrundegehen*) de las zonas sexuales iniciales. habría así una sexualidad sepultada (*untergehen*)⁸. Pero, a pesar de todos los esfuerzos de “nuestra cultura estética”⁹, dice en 1912, por domesticar y centralizar las pulsiones alrededor del falo, disciplinándolas a través de una educación que apunta a subvertir el valor de las sensaciones más antiguas (lo que antes causaba placer, ahora debe provocar asco), esas sensaciones permanecen autónomas e indomables –esta anarquía de la sensibilidad persiste de forma “virtual” (*virtueller*), es decir, no-ligada, lista para actualizarse en cualquier momento. Este foco virtual coexistirá con las organizaciones erógenas posteriores bajo las condiciones de un presente virtual del niño que se ha sido, pero cuyo hundimiento nunca es definitivo. Así, las “sensaciones (*Sensationen*) propias de la tierra (*der Erde*)”¹⁰, como el placer de oler, estarían infatigablemente prontas a emerger en cualquier momento, agrietando la organización erótica adulta.

Y este es el punto que es preciso interrogar a partir de la experiencia con el niño que relata Deligny y de la que me sirvo aquí, sin pretender coincidir en todo con la línea ni el centro de su pensamiento –en caso de que lo hubiere. Pues, hay que decirlo, la manera en la que Freud saca a la luz estas sensaciones, insistiendo en su carácter libidinal, queda atrapada en una dialéctica un tanto limitada entre lo virtual y lo actual, así como en la oposición entre superficie y profundidad. ¿Cómo problematizar entonces de otro modo esa lógica de las sensaciones de la tierra? Si tiene relevancia el texto de Deligny que retoma este *Cuaderno de psicoanálisis*, y que subraya el contacto vital no verbal que se establece a través de esas sensaciones con el mundo y con los demás, es porque nos brinda alguna pista para abordar esa pregunta.

Marcelo Real

⁷ Un sexo-niño anárquico se distingue tanto de la perversión –en sentido freudiano– como de la “sexualidad genital normal”, ya que, a diferencia de estas, no prima aquí ninguna zona erógena. Por eso, cuando en el adulto persiste esa anarquía, Freud prefiere hablar de “infantilismo” sexual.

⁸ No será sino más tarde que la expresión *Zugrundegehen* se empleará para teorizar el “sepultamiento” del complejo de Edipo.

⁹ Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa (Contribuciones a la psicología del amor, II) (1912), *Obras completas*, vol. XI, p. 182.

¹⁰ Carta a Fliess del 14 de noviembre de 1897: S. Freud, *Obras completas*, vol. I, p. 311.